

¿QUÉ TENDRÁ ESTO QUE VER CON EL PRECIO DE LA MANTEQUILLA?

BLANCA FARIÑA MORILLAS

Colegio SEK-Atlántico de Pontevedra

Me despertaron por la mañana, pasó por mi mente lo fastidioso que era dejar el calor de mi cama y el mundo onírico. Con los ojos cerrados, por pura rutina, agarré ropa interior y me dirigí a la ducha. Ah, esto iguala mi cama. Siempre doy duchas muy largas porque son un centro de inspiración y de imaginación impresionante. Antes solía ponerme música y cantar, como todo el mundo, supongo, pero decidí que imaginarme alegres situaciones hipotéticas y pensar contestaciones de futuras discusiones debían realizarse bajo agua caliente. Termino, me pongo la ropa interior y el pijama otra vez, pues para decidir la ropa del día necesito ver el tiempo desde mi habitación. Desconfío de las predicciones meteorológicas, pero la ventana de mi habitación nunca miente. Con el pijama, llevo la ropa sucia al cesto de la ropa sucia que está en la terraza, donde hace más frío, pero me gusta ir allí después del calor de la ducha para sentir el contraste. En la cocina está mi padre, que me pregunta si me prepara el desayuno, a lo que respondo afirmativamente. (Mi padre y mi madre desayunan juntos antes porque mi madre entra a trabajar en su colegio más temprano que nosotros, por lo que siempre se despide de mí gritando porque yo estoy en la ducha). Voy a mi habitación a subir la persiana y abrir la ventana. Mi padre me llama para que desayune. Voy a la cocina. Allí está el mítico zumo de naranja. Adoro desayunar, desayunaría tres veces al día si pudiera. El zumo de naranja natural es fundamental, por supuesto, pero la leche caliente y las galletas hacen que me anime, y siempre me recuerda a mi infancia, en la que cada día usaba una taza diferente para tomar esa leche con esas galletas. Mi infancia. Yo era una niña horrible. Me alegra haber cambiado. Creo que la esencia última de una persona no cambia, pero las circunstancias que vive, y las decisiones que toma hacen que su esencia se moldee de una forma u otra, por lo que las personas sí cambian. Tras terminar, recojo la cocina y voy a lavarme los dientes, a pesar de que no me gusta que pase tan poco tiempo entre una acción y otra, ya que el esmalte de los dientes tiene que recuperarse. Pero no voy a sacrificar mis ocho horas de sueño. Lavo los dientes y me voy a hacer la cama, después de elegir la canción correspondiente. Termino, y claro,

tengo que vestirme. Suspiro, pues no sé qué ponerme, aunque odio pensar algo tan adolescente, pero qué fácil era ponerse cinco días a la semana un uniforme. Elijo la ropa, a juego con mi pelo. Quiero decir, el día que me lavo el pelo y está limpio me gusta arreglarme más. En cambio, cuando está sucio y lo llevo en una coleta, no me importa ir más desastrada. Los seres humanos funcionamos por asociaciones. Negro. Me gustan mucho el negro y los colores, así que en invierno procuro vestir mucho de negro y en verano con muchos colores. Meto las cosas en la mochila del cole, llaves, colonia y pendientes, que menos mal que llevo mis cinco aros porque pegan con todo y no tengo que poner y quitar cada noche y cada mañana. Mi padre y yo nos montamos en el coche. Yo inmediatamente pongo el pen-drive (no tenemos CD), pues M80 a esas horas no emite música. Mi padre y yo nos parecemos, y suena música de calidad en los altavoces: 60's, 70's, 80's y 90's. Durante el tiempo que voy en el coche, y en cualquier vehículo en general, solo quiero ir escuchando música. Me irritaría tener que hacer cualquier otra cosa, como repasar para un examen. Con la música hay que conectar y otorgarle tus cinco sentidos, pues solo entonces la música te devolverá su melodía y te transmitirá a situaciones que pasan por tu subconsciente. Llegamos al colegio y saludo a las personas que me voy encontrando con la sonrisa de siempre. Termino de subir escaleras y entro en clase al grito de: "¡buenos días!", a la vez que me río, ya sea por dentro o abiertamente, pues a todos mis compañeros les molesta el buen humor que traigo por las mañanas. En general me contestan, junto con un enfurruño de que esa alegría por la mañana no es normal. Pero es un día maravilloso. Empezamos a hablar de cualquier cosa, como en cualquier clase de cualquier colegio. A pesar de ser mi último año, no puedo evitar llamarlo colegio, el pensar instituto no me hace pensar en mi clase, ni en mis compañeros, ni en mis profesores. Agradezco que mis profes lleguen siempre tarde, pues la conversación entre compañeros que se da mientras tanto es una de las razones por las que echaré de menos el colegio cuando no esté aquí. Entra mi tutora por la puerta, que nos da historia, lo cual me parece perfecto. Me encanta historia y me encanta nuestra tutora. Está loca. En el buen sentido de la palabra. En verdad yo nunca uso ese término con sentido negativo, pues me gusta pensar en mí misma como loca, ya que en otro contexto siempre uso deficiencia mental o psicópata. Mi profe es muy buena profe, lo pienso muchas veces cuando la oigo hablar. "¡Tu madre!", es la muletilla que añade a la frase que has dicho si has correspondido incorrectamente a su pregunta. He terminado de copiar el esquema que está escribiendo en la pizarra y me dedico a observar a mis compañeros. Ironía de mi miopía, soy muy observadora, y en este entorno específico te lo pasas muy bien. Me empiezo a reír al ver al que está hipnotizando una montaña de bolis. Claro que todos me miran extrañados, pues no saben de qué me río, y como mi risa es muy escandalosa, se dan cuenta enseguida. A mí sí que me escandaliza que después de tanto tiempo todavía les sorprenda, pero en fin, cuando el genio apunta a la luna, el tonto se queda mirando el dedo. Es un proverbio chino. Me gustan mucho los proverbios, refranes y fra-

ses célebres, pero me gustan más todavía cuando cobran sentido en la realidad. Ahora hay filosofía. ¡Maravilloso! Adoro filosofía. Me planteé hacer Filosofía, pero acabé desechando la idea. Esta profe también es fantástica. En sus clases también acabamos delirando, pero no porque estemos filosofando, sino porque cada cual dice una tontería más grande que el de al lado. Mi profe también tiene sus momentos. Aquí hay para todos. Matemáticas. Gran, gran suspiro. Las odio. Mi padre es profesor de matemáticas, mi madre es profesora de matemáticas. Yo quiero hacer Filología Hispánica. Pero no por un afán rebelde en contra de mi familia, sino por pura vocación. También puedo acabar enseñando filosofía, además de lengua, cosa que me pone muy contenta. Pero los números me cuestan, soy muy torpe. Menos mal que mi profesor es genial y le tengo mucho respeto. También me río mucho en sus clases, y con él, de sus expresiones, tono y risa, y parece que es el único que lo entiende, y se ríe conmigo, y acabamos riendo al unísono mientras los demás se ríen de nuestras risas. Cuando puedo permitirme desconectar, empiezo a enfadarme por los inútiles de este país que me hacen tener nueve asignaturas, mates entre ellas, y memorizar, y no me preparan para mi futuro personal. Empiezo a maldecir y a desear pegarles unos cuantos gritos en un arrebato de ira. Si no estoy tan furiosa, me alegro de mi decisión de futuro porque me permite dedicarme a la enseñanza y, por tanto, aportar mi granito de arena para cambiar lo que sabemos todos que está mal pero nadie mueve un dedo en intentarlo. Toca recreo. Aleluya. Descanso. Bocata. Me encantan los bocadillos, todo sabe mejor entre dos trozos de pan, especialmente si estás en la playa. Espero que haya chorizo o salchichón. Agarro mi abrigo y me dirijo a la clase de 2º bachillerato de ciencias, donde quiero ver a mis amigas a las que no puedo ver en clase. Después de coger sus cosas, vamos al recreo, donde no hacemos nada nuevo. Al tocar el timbre, subo a clase, a veces acompañada, a veces en las nubes. Miro el horario: gallego. Empiezo a morder un boli. Me encantaría tener los dientes rectos, pero no he nacido así. En cambio, no me pueden gustar más mis ojos verdes (solo un 2% de la población los tiene de ese color), razón por la que es mi color favorito. Después lengua, mi favorita, como es lógico. Si me alegro en alto, no falta un comentario de la “filóloga”, de lo que nos reímos, pues una vez más estoy loca. Este profesor, en general, hace cabrear a sus alumnos, aunque siempre he pensado que cada cosa que dice tiene un doble sentido, y que para entenderlo y que te caiga bien tienes que ir a ese submensaje, si te quedas en el de cara a la galería es cuando no lo soportas. Llega el patio del mediodía. Algunos compañeros me piden que les de monitorías de filo. ¡Alegría! Me encanta explicar, pues voy a ser profe. Y si es filo, me alegra más todavía, y me alegra que confíen en mí para que les explique. Pero lo que más me hincha de orgullo es cuando lo entienden, y por eso sé lo que quiero hacer. Dos clases más, relajadas, inglés y economía. En esta última, escucho a alguien decir “maricón”. Me cabrea su falta de consideración hacia la falta de derechos de grupos discriminados. Entonces, me explota la vena irónica, sincera e igualitaria que irrita a muchos, pero no voy a callar. En fin, “if not me, who. If not now, when”. Fin

de la jornada: a casa. Cuando por fin llego (mi padre es muy lento), meriendo. Rectifico, solo desayunaría y merendaría si pudiera. Después de relajarme con ella, deberes y estudiar. Lo que toca. Bienvenido a 2º Bach. No falta el whatsapp del compañero preguntando inutilidades, como los deberes o lo que entra en el examen. Me frustra que tengan que ser tan dependientes, por lo que tengo que dejar el móvil de lado. Cuando me canso de estudiar o he terminado, observo mi habitación. Me gusta mi habitación. Es mi refugio, y vuelve a estar llena de asociaciones que solo yo entiendo, que también es una de las cosas que más me gustan. Hay pósters, y muchos libros. Me encanta leer. Desde pequeña, y leo mucho. Como la gente hoy en día es idiota, se piensa que como leo y voy a hacer Filología me paso la vida leyendo a Cervantes, Tólstoi y García Márquez. Me hace mucha gracia, pues mi género favorito es la fantasía: cuanta más magia y seres mitológicos, mejor. Eso sí, leo de todo. Creo que los libros son la fuente de empatía más grande que hay, pues cuando te sumerges en una historia, te sumerges en su alma, donde encuentras la comprensión y el refugio que no has encontrado fuera, sin hablar de toda la emoción que hay en ellos. Me encantaría escribir algo algún día y que haya gente, aunque sea una persona, que haya comprendido el universo que he creado. Porque significaría que hemos creado un lazo más allá de cualquier otra consideración que no sea la unión de un trocito de nuestras almas. Antes de ir a dormir, leo o veo un capítulo de una serie, ya que también soy una gran "seriéfila". Cuando apago la luz, me complace que no me duerma inmediatamente, pues empiezo a reflexionar sobre cualquier cosa que pase por mi mente, que en la oscuridad cualquier hilo de pensamiento parece una teoría filosófica de mucho calibre. Y así, incluso cuando Morfeo me acoge en sus brazos, mi cerebro se sumerge, nuevamente, en un nuevo hilo de pensamientos, el del mundo onírico.